

por **ADRIANA BERTORELLI**

Narradora y ensayista, autora de las novelas *La débil mental*, *Matate, amor* –finalista del Booker Prize, que pronto será llevada al cine por Martin Scorsese–, y *Precoz*, que conforman su *Trilogía de la pasión*; y de *Degenerado*, una novela vertebrada desde un monólogo laberíntico en la mente de un pedófilo, Ariana Harwicz (Buenos Aires, 1976), es una investigadora de las dobleces más oscuras del comportamiento humano y del extrañamiento del lenguaje como posibilidad política y social.

En este ensayo, *El ruido de una época*, Harwicz acomete con audacia la premisa de pensar sin miedo y escribir de la misma manera, sin reparar en las conveniencias ni adoptar una postura de corrección política para ser aceptada, y plantea un grito a favor de la libertad de expresión en épocas de cancelación moral y lapidación pública.

Harwicz advierte que no es posible vaciar el lenguaje de violencia, y que a los autores se les tiene bajo un escrutinio férreo que les obstaculiza, cuando no les impide, opinar, escribir y crear en libertad. Lamenta que actualmente a los escritores se le juzgue por su prontuario, por su identidad sexual, por su estatus migratorio, su tendencia política, su vida conyugal y hasta por sus deudas con Hacienda. Sabe que no existe nadie que lleve una vida impoluta, admite que todos los artistas son, en esencia, contradictorios y que no hay quien soporte una mirada bajo el microscopio.

Si la literatura, y el arte en general, se hubieran juzgado desde siempre con estos «íntes fascistas» que apunta la autora, y de la misma manera en que se

enjuicia hoy en día a los creadores (anteponiendo leyes y constructos contemporáneos a clásicos), actualmente no leeríamos ni a Poe o a Joseph Roth por alcohólicos ni a Norman Mailer por apuñalar a su esposa, ni a Stevenson por cocainómano, ni a Mary Shelley por escapar con un hombre casado, ni a Anaïs Nin por incestuosa, bisexual, adúltera, impúdica y escandalosa, y mucho menos a Borges, por haber comido (en días distintos) con el dictador Videla y con las Madres de la Plaza de Mayo, haciendo del to-

En tiempos de cancelación, el ensayo de **Ariana Harwicz** es un alegato a favor de la libertad de expresión y una defensa de las contradicciones de los artistas

Un certero grito sobre el coraje de escribir con libertad

do inclasificables sus tendencias políticas.

Al respecto, Harwicz argumenta: «Se puede adoptar una pose en todo: hacer libros falsos, afiliarse de forma cínica a una ideología contraria, mostrarse progresista y ser de derechas, simular ser buena o mala madre, ser moderno cuando se aborrece la modernidad, etc. Lo que no se puede es mentir en la lengua, las palabras que elegimos no mienten, ahí salta toda la verdad».

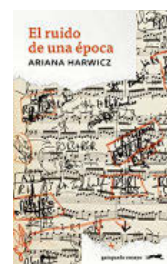
Porque, continúa apuntando, leer desde la propia identidad, es leer mal: «Esa reducción del ser humano a su condición genética, biológica, de identidad de

género, sexual o a su color de piel, es propia del fascismo». Y agrega que «el combate político de un escritor es ese no escribir con la lengua del poder».

Así, defiende la verdadera libertad de expresión creativa por encima de la cultura contemporánea de la cancelación, mientras propone no sucumbir a la instrumentalización de las minorías para construir una narrativa, ni caer en la provocación del juicio y la censura, también articulados desde el miedo a lo incorrecto o a las injusticias.

Harwicz, una de las voces más potentes y originales de la literatura hispanoamericana actual, mete la mano en el fuego y no la saca, pone el dedo en la llaga, incluso en la propia, hasta que le duele, pero lo deja allí, mientras defiende la necesidad de la paradoja y pide huir de la escritura adoctrinada, de esa que se escribe siendo apuntada con el arma de la ideología. A través de manuscritos, correspondencia con escritores y traductores, aforismos y reflexiones de sus interacciones en redes sociales, explica el peligro latente de caer en la tentación del pensamiento único porque creando, escribiendo desde ese sesgo, es imposible entender el punto de vista del otro, la vida del otro. Se debe defender, clama la autora, la independencia de la literatura y el arte para poder articular la obra desde el sentido crítico.

Este libro, más que una provocación, es una invitación a atreverse, es un reto a no traicionarse, porque sin tensión no hay literatura. Se reflexiona sobre la escritura y el arte y la dificultad de encontrar maneras de afrontarlo sinceramente, rehuendo de todo tipo de etiquetas porque «escribir es una controversia subterránea».



ARIANA HARWICZ
EL RUIDO DE UNA ÉPOCA

Gatopardo. 176 páginas. 19,95 €
Ebook: 9,49 €

ESCRIBIR CONTRA EL MUNDO

“La autocensura te convierte en un cobarde de espíritu”, defiende Harwicz, para quien “la escritura, el arte en general, es la forma más sofisticada, más elegante y más refinada de vengarse del mundo, de desafiar las convenciones sociales”. Nada nuevo, sí, pero una verdad que “en cada siglo es necesario reactivar. Alguien podrá decir que hay una forma mejor de hacer la revolución que desde el arte, pero este siempre será sinónimo de oposición al mundo”